

rador y papa en todos sus Estados. Prohibió por público pregon que ningun vasallo suyo, pena de ser quemado vivo, fuese á solicitar gracias del Papa ó del legado de Italia, ó á darles auxilio ó consejo, y pagarles las deudas que tuviesen con ellos. Obligó á un sacerdote de Parma á subir á una torre y anatematizar desde allí al Sumo Pontífice y al Sacro Colegio. Otros eclesiásticos y religiosos fueron atormentados en el potro: mandó quemar á algunos en una jaula de hierro, y á un fraile menor, venerado por su virtud, hizo que le taladrasen los oídos con un hierro candente (1).

Estos sucesos no se limitaron á algunos particulares, ni estuvieron reducidos á sola la estension del ducado de Milan. Bernabo se apoderó de Bolonia, ó por mejor decir, protegió la rebelion de los boloñeses, que habian vuelto á negar la obediencia al Papa. Tomó tambien á viva fuerza diferentes plazas y muchos castillos de la Iglesia. De este modo se formaron dos partidos, que por su furor arrebatado el uno, y por el ascendiente de la autoridad santa el otro, dividieron toda la Italia. É hicieron imposible en ella todo otro proyecto. Se miró este asunto como de tanta importancia, que aun en la Alemania se predicó la cruzada contra el señor de Milan. Pero no correspondiendo los efectos á estos medios, se tomó el partido de la negociacion, en la cual se mostraron los Viscontis igualmente intratables. Los embajadores del rey Juan, que se interesaba por ellos como suegro que era de Galeazzo, hermano de Mateo y de Bernabo, no tuvieron mejor éxito que los del rey de Chipre, y aun ellos fueron los primeros que se disgustaron y se retiraron muy descontentos sin haber adelantado nada.

Los embajadores de Chipre, que eran el santo arzobispo Pedro Tomás y el canci-

ller Felipe de Maicieres, dotado de virtudes casi iguales á las del santo, tuvieron mas perseverancia. Reservaba el cielo á esta constancia y al atractivo de la virtud lo que no habia podido conseguir todo el peso del poder. Dos dias despues de haberse marchado los franceses envió Bernabo á buscar á los ministros de Chipre. Los llevó á un cuarto retirado, les dió asiento, se sentó él en medio de los dos, y les dijo con afabilidad y franqueza: «Ahora habládme de la paz con toda seguridad, y manifestadme libremente todo lo que se os ofrezca.» El santo arzobispo habló del respeto debido á la Iglesia, de las ventajas de la paz y de los horrores de la guerra, con una fuerza y una gracia mas propia de un espíritu celeste que de un simple mortal. Luego que acabó de hablar quedó Bernabo absorto por algun tiempo en profundas reflexiones, y lanzando despues un gran suspiro: «Esto es hecho (esclamó), yo quiero absolutamente tener paz con la Iglesia, y en adelante estaré siempre sujeto á ella.» [Prodigio inconcebible! (esclama el canciller de Maicieres, autor de la vida del Beato Tomás): este príncipe, agitado de una especie de rabia contra la Iglesia; este fomentador de la discordia entre los cristianos; este monstruo, cuya mayor complacencia consistia en asolar la herencia del Señor, que bebía la sangre de los Santos, que se habia propuesto acabar con la fé católica, que no temía á Dios ni á los hombres, y se burlaba del poder del emperador y de todos los reyes de la cristiandad, vencido de repente por las palabras de un sacerdote, se arrepiente y se hace el hijo mas respetuoso de la Iglesia (1364).

Esta mudanza inesperada facilitaba sin duda la cruzada ultramarina; pero la muerte del rey Juan que debía mandarla, y la del legado ó cardenal de Perigord, frustraron al momento estas esperanzas. Mo-

vido el rey de una rectitud conforme á su carácter, pero tan distante de las costumbres comunes, que se ha creído no poder explicarse su conducta sino atribuyéndole unas ideas romancescas, habia vuelto á pasar á Inglaterra para reparar la falta del duque de Anjou su hijo, que se habia escapado de Calais, donde estaba en calidad de prisionero de los ingleses bajo palabra de honor: abuso de confianza, inescusable en el dictámen del rey su padre, el cual tenía por máxima que si la fidelidad fuese desterrada del universo, debería encontrarse en el corazón de los príncipes. Enfermó Juan en el mes de marzo, y murió en Londres á 8 de abril del año 1364, siendo su muerte muy sentida de todos los ingleses, justos apreciadores de las heroicas virtudes, y singularmente lisonjados de ver en un rey, que habia sido tanto tiempo su enemigo, una confianza tan grande para ponerse en sus manos. Fue su sucesor su hijo primogénito, duque de Normandía y delión, Carlos, quinto de este nombre, llamado el Sabio.

En lugar del cardenal de Perigord, encargó el Papa á San Pedro Tomás la legacion de la cruzada, le dió el título de patriarca de Constantinopla, y le señaló diez florines diarios además de las rentas de las iglesias de Coron y Negro-Ponto. La dignidad de capitán general de la guerra santa la confirió el Papa, algun tiempo despues de la muerte del rey Juan, al rey de Chipre, que habia pasado desde Aviñón á la corte del emperador y de los demas príncipes de Occidente, á fin de interesarlos tambien en su expedicion. Ya habia visto en aquella ciudad al rey de Dinamarca Valdemar III, que habia ido á visitar al Papa Urbano con motivo de su exaltacion al pontificado y se cruzó á ejemplo del rey de Francia. En la primavera del año 1365 fue tambien á Aviñón el emperador Carlos con muchos no-

bles de Alemania y otros países, y concurrió igualmente el duque de Anjou, hermano del nuevo rey, con una comitiva numerosa de caballeros y de prelados del primer orden. Se trató largamente de la conquista de la Tierra Santa, de los medios de abatir á los infieles, de los hombres, viveres y dinero que se necesitaba, y en particular de las ventajas que podian sacarse de las compañías blancas, haciéndolas ir de grado ó por fuerza, por mar ó por tierra, para pelear contra los enemigos del nombre cristiano.

Pero todo se redujo á proyectos, y el rey de Chipre se volvió á la corte del Papa sin haber adelantado nada en sus asuntos despues de visitar á todos los príncipes de la Europa. El santo patriarca de Constantinopla habia trabajado con algun mayor fruto en Venecia, lugar señalado para el embarque, á donde habia acudido puntualmente en el término prescrito, esto es, en el mes de marzo del año 1365. Allí reunió algunos nobles y un número bastante considerable de gente del pueblo, los cuales tomaron la cruz y estuvieron esperando al rey de Chipre hasta el tiempo señalado para hacerse á la vela: pero habiendo pasado este término cuando llegó el príncipe, se habia amortiguado el fervor de los cruzados, y disipádose aquellas tropas inconstantes.

Abandonados de todas las potencias, no se abandonaron á sí mismos el general y el legado. Viéndose reducido Pedro de Lusitania á zarpar de Venecia con dos galeras y las pocas tropas que habia podido juntar á sus espensas, fue á desembarcar á Rodas, donde se le agregaron cien caballeros. El príncipe de Antioquia su hermano, á quien habia confiado la regencia de Chipre, le llevó muy en breve un número de tropas suficientes para formar, con las pocas que ya tenia él, un cuerpo de diez mil hombres de infantería y mil cuatrocientos de caba-

(1) Vit. P. Thom. c. 42.

lería. La escuadra era de cerca de cien velas entre galeras y otros buques.

Mientras llegaba el tiempo de embarcarse, se esforzó el santo legado en atraer las bendiciones del Señor, desterrando del ejército la disolución de las costumbres, purificando las conciencias y escitando en todos los corazones sentimientos de religion y de piedad. Continuamente estaba ocupado en predicar, en confesar, en dar buenos consejos, muchas veces en exhortar á un simple soldado ó á un marinero, en consolar á un enfermo, en celebrar misas y en hacer otras oraciones fervorosas por el buen éxito de la expedición. Apenas tenia tiempo para descansar algun breve rato y tomar un poco de alimento. Algunos dias antes de hacerse á la vela, hubo comunión general en el ejército, dando ejemplo el rey y los grandes, los cuales la recibieron de mano del legado. Varios pecadores que no se habian confesado en diez, en quince ó en veinte años, lo hicieron entonces con señales nada equívocas de arrepentimiento. Muchos que habian tomado la cruz por ligereza, por vanidad, por interés y con la esperanza única de merecer los favores del rey, se revistieron de unos sentimientos mas dignos de la santa obra por la cual prodigaban su sangre. Al momento de levar áncoras, el legado, acompañado de todos los eclesiásticos de la armada, pasó á la galera del rey, se puso en el lugar mas alto, y á vista de todos hizo una oración patética, bendiciendo las personas y las armas, los navíos y el mar, é implorando el auxilio del Señor contra los que blasfemaban su santo nombre.

Estando en alta mar, declaró el rey en un consejo secreto la resolución que habia tomado de ir en derechura á Alejandría, adonde llegaron despues de cuatro dias de navegación, el 2 de octubre del año 1365, y aunque eran las doce del dia con corta diferencia, se difirió el desembarco hasta la

mañana siguiente para hacerle con mejor orden. Entretanto se juntó una multitud innumerable de sarracenos, los cuales se adelantaron formados en batalla hasta las orillas del mar á vista del ejército cristiano y pasaron allí la noche. Al dia siguiente, despues de una débil resistencia, huyeron á la ciudad y se encerraron en ella. Pero viendo que se pegaba fuego á las puertas, y cediendo al temor, que iba aumentándose por instantes, abandonaron los baluartes, los torreones, el recinto principal de la ciudad, y se refugiaron casi todos á Babilonia, esto es, al gran Cairo. De este modo fué conquistada Alejandría despues de una hora de combate, en el que no pereció ni un cristiano. Se encontraron en la ciudad muchos musulmanes muertos con los dardos y saetas disparadas por los que estaban de la parte de afuera.

No correspondieron los siguientes sucesos á un principio tan feliz. Conservaba todavía el enemigo una parte de la ciudad separada del resto de ella por un brazo del Nilo, y el mayor número de los comandantes cristianos, en especial los de Inglaterra y de Rodas, fueron de dictámen que no se podría defender con tan poca gente una plaza inmensa sobre la cual volverian los bárbaros con todas sus fuerzas, luego que se recobrasen del terror que los habia sobrecogido. El rey y el legado estaban inconsolables al ver esta pusilanimidad, que les pareció injuriosa al Omnipotente, y mas cuando los primeros efectos de su protección indubitable debian inspirar una confianza sin limites. Pero se vieron precisados á ceder al torrente, y quedó abandonada Alejandría á los cuatro dias de una conquista que debia proporcionar otras muchas. Todo su fruto se redujo al botin, que á la verdad fué inestimable. Se sacaron de la ciudad inmensas riquezas en dinero, en alhajas no menos preciosas que curiosas, y especialmente en

telas de oro y seda, cuya materia era lo menos apreciable, y que estaban hacinadas sinnúmero en aquella capital opulenta, centro de la industria y escala general del comercio de todo Oriente.

Los cruzados llevaron el botin á Chipre, donde el beato Pedro Tomás cayó enfermo en Famagosta, y conoció que estaba cerca su última hora. Se preparó á ella con la misma compuncion y con la misma humildad que si no hubiese hecho todavía nada para ganar el cielo. Todos sus momentos se hacian notables por un nuevo fervor y por la práctica de las mas escelentes virtudes. Mandó que le pusiesen en tierra, vestido de un saco y con una sogá al cuello para pedir perdon á todos los concurrentes y recibir los últimos sacramentos de la Iglesia. Entretanto, y á pesar de que no le quedaba mas que un soplo de vida, dijo que no podia salir de este mundo sin ver á su amado discípulo el canciller de Maicieres, á quien habia enviado á llamar á Nicosia. Llegó el canciller, recobró el Santo sus fuerzas, le comunicó sus últimos pensamientos, relativos al bien de la Religion, con tanta presencia de ánimo como si estuviese enteramente sano; entró despues en una dulce agonía, y dió tranquilamente el alma á su Criador el dia de la Epifanía del año 1366. Aunque no ha sido canonizado con las formalidades ordinarias, los religiosos de su orden celebran su fiesta en 29 de enero, y la Congregacion de Ritos ha confirmado esta practica: y aun es venerado como mártir, porque fué herido en la toma de Alejandría y esta herida fué la primera causa de su muerte.

Sin embargo de que se abandonó tan pronto aquella ciudad, no dejó de causar su conquista un terrible sobresalto á Schaaban, hijo de Hosain, sultán de Egipto. Era este el vigésimo-segundo en el orden de los mamelucos, los cuales habian empezado á reinar ciento y tantos años. A pesar de todos

los desórdenes de los Estados cristianos, jamás se vieron en ellos tantas y tan sangrientas revoluciones. Schaaban, coronado á los diez años, fué ahogado á los veinticuatro. Pero los musulmanes de Egipto se coligaron con los turcos á fin de echar de Levante al rey de Chipre y á los caballeros de Rodas, esto es, á los principales motores de la expedición de Alejandría; lo que puso en gran cuidado al Papa Urbano, y le obligó á valerse de todos los medios imaginables para impedir una invasión que hubiera frustrado entonces y para siempre la esperanza de recobrar la Tierra Santa.

Se habia formado ya, como hemos visto, el proyecto de volver contra los enemigos del nombre cristiano las armas de aquellos enemigos de todo orden público, que con el nombre de *compañeros* continuaban talando las mas fértiles provincias de Francia. Pareció al principio que la muerte de Carlos de Blois, marido de la condesa de Pentievre, habia de restablecer la tranquilidad en Francia, pues con ella cesaba el mayor obstáculo que tenia la condesa de Monfort en sus pretensiones al ducado de Bretaña; pero con la calma de esta provincia remota refluyeron los atentados y las turbulencias á lo interior del reino, con las tropas licenciadas por una y otra parte, las que sirvieron de nuevo refuerzo á aquellas terribles compañías que se burlaban de toda potestad legitima.

En medio de estos horrores, podemos no obstante fijar la vista en un objeto tanto mas digno de la fé cristiana cuanto mayor era la furia con que todas las pasiones humanas conspiraban á sofocarla. Carlos, hijo de Luis de Chatillon, conde de Blois, halló su santificación en medio de las guerras intestinas y de las facciones desenfrenadas que pervertian á casi todos los principes (1).

(1) Lobin. Vid. de los SS. de Bret. p. 262 y sig

Sostuvo una guerra de veintitres años por defender los derechos de su esposa Juana; y siempre deseó concluir la, ó bien por un tratado que le privase de una parte de sus pretensiones, ó bien por un combate en que nadie peligrase sino él. No cesaba de lamentarse amargamente de lo que por su causa padecían los pueblos. Aun con la espada en la mano, observaba respecto de su competidor todas las reglas de la moderación cristiana y de la caridad fraterna. Si en las conversaciones ó reuniones se decía alguna cosa contra la casa de Monfort, inmediatamente imponía silencio, haciéndose en cierto modo apologista de ella, y diciendo que creía defender sus derechos, así como él defendía los suyos. En una palabra, era tan grande la delicadeza de su conciencia, que más de una vez se quejaron sus partidarios de estar mandados por un religioso más bien que por un duque.

En efecto, tuvo todas las virtudes y todos los sentimientos de los religiosos dotados de mayor fervor. Desde su infancia le hicieron aprender las cosas más patéticas que se encuentran en los divinos oficios de la Iglesia, y desde entonces se impuso la ley de rezar aquellas oraciones, acompañándolas con grandes sentimientos de temor y de amor de Dios. Castigó su carne antes de que se rebelase contra el espíritu. Además de los ayunos y vigilijs, se entregó á los ejercicios de la mortificación más ingeniosa. Para dormir disponía la cama de tal modo, que aun en este descanso indispensable estuviese mortificada la naturaleza. Tomaba con frecuencia largas y sangrientas disciplinas. Con el manto Real ó con la cota, en el ejército ó en la corte, traía siempre un cilicio ceñido al cuerpo con cuerdas anudadas para aumentar su aspereza. En esta forma se le halló en el campo de batalla donde perdió la vida, y su muerte hizo, por de-

cirlo así, traición á la humildad con que cuidó siempre de ocultar todas sus virtudes por huir de los aplausos de los hombres. Nunca se creyó poderoso sino para sostener á los desvalidos y amparar á los desdichados. Su inclinación á los pobres se manifestó desde el mismo instante en que se le presentó el espectáculo de la miseria. Reunía un gran número de ellos en su palacio y les daba de comer por sí mismo: los visitaba en los hospitales y en sus chozas, y más de una vez se despojó de sus vestidos preciosos por socorrerlos sin perder un momento.

No se mostró menos generoso en todo lo concerniente al bien de la Iglesia y á la magestad del culto divino, pues son innumerables sus donativos y sus fundaciones piadosas. Contribuía infinito con su propia persona á la edificación y al aumento del culto público. Oía todos los días tres misas, celebrándose solemnemente una de ellas. El tumulto de la guerra, los obstáculos de los campamentos, y de las marchas y contramarchas no le parecían suficiente motivo para dejar de asistir á lo menos una vez al santo sacrificio. Además del oficio divino rezaba todos los días el de la Virgen. Como las peregrinaciones y la multitud de oraciones vocales eran la parte más esencial de la devoción de aquellos tiempos, hizo en este punto mucho más de lo que se acostumbraba comunmente, emprendiendo estos viajes devotos en la estación más rigurosa y tomando los peores caminos. Comulgaba todos los meses y en las fiestas de alguna solemnidad. Por lo que toca á la confesión, tenía tanto cuidado en conservar la pureza de su alma, que iba regularmente dos veces á la semana á borrar las menores manchas en este baño saludable.

Las humillaciones y los trabajos acabaron de perfeccionar unas virtudes tan eminentes. Habiendo sido vencido y hecho pri-

sionero en 1347, fué llevado á Inglaterra y encerrado en la torre de Londres. Al principio padeció todo género de ultrajes, porque sin ningún respeto á su distinguido rango solo consultaron los ingleses la ferocidad de su carácter y de su venganza. Durante el resto de su cautiverio, ya le daban la noticia de que á los de su partido les habían tomado una plaza, ya la de que habían perdido una batalla, ó de la muerte funesta de algunas personas á quienes amaba con particular cariño. En aquel tiempo fué asesinado su yerno el condestable Carlos, infante de España, por orden del rey de Navarra, y se fué á pique la nave que llevaba cien mil florines de oro para su propio rescate. A todas estas noticias melancólicas respondía el santo duque, levantando los ojos al cielo: ¡Bendito sea el Señor! Todo esto es para nuestro bien. Libre en fin de la prisión en que se hallaba y habiendo empezado ya sus asuntos á mudar de aspecto, quedó prisionero en un combate á pesar de los prodigios de valor que hizo en aquella ocasión, y le quitaron la vida brutalmente. Se había preparado á la batalla con la Eucaristía, y murió encomendándose al Señor, el cual mostró con prodigios visibles cuán preciosa era á sus ojos aquella muerte (1367). No fué canonizado por haberse opuesto á ello su competidor al ducado de Borgoña, pues temió que se le mirase como un usurpador, si era reputado por santo un sugeto á quien él había despojado de aquella herencia. Pero sesenta testigos de la eminencia de sus virtudes, y cincuenta y ocho del número y celebridad de sus milagros, entre los cuales se contaron algunas resurrecciones de muertos, forman una prueba casi concluyente de su santidad.

No habiéndose verificado el proyecto de obligar á las compañías á que pasasen á Oriente, Enrique, conde de Trastámara y hermano natural de Pedro el cruel, rey de

Castilla, pensó en valerse de ellas para destronar á este tirano y apoderarse del gobierno. Era tan grande el interés que tenía la Francia en alejar á aquellos perturbadores, que no podía menos de proteger semejante proyecto en el sabio reinado de Carlos V. A estos dos móviles y no al influjo de la autoridad pontificia se debe atribuir la deposición del rey Pedro I, príncipe universalmente odioso, pero ungido del Señor y del número de las potestades establecidas por Dios. Conforme á estas ideas escribió entonces el virtuoso Pontífice Urbano V al rey de Aragón, conjurado contra el de Castilla, y manifestó un dolor extraordinario al ver divididos los dos Estados cristianos más florécientes de España (1). En los mismos términos se esplicó con los reyes de Portugal y de Navarra, con el príncipe de Gales, con la reina de Aragón, y con el príncipe de Gerona su hijo primogénito, á quienes suplicaba que interpusiesen su valimiento para dar fin á aquella funesta disensión. Es por consiguiente inverosímil que el Papa Urbano, como dice Froissart, escritor muchas veces inexacto, contribuyese al rescate de Bertrando ó Beltrán Duguesclin, prisionero del inglés Chandos, desde la batalla de Auray, á lo menos con el objeto de ponerle al frente de los compañeros contra Pedro de Castilla. La serie de esta narración acabará de disipar las dudas que pudieran ofrecerse todavía acerca de este punto.

Puesto Duguesclin en libertad, fué á unirse con aquellos bandidos que solo respiraban guerras y violencias, y les hizo una exhortación acomodada á su carácter para que le siguiesen con el fin de pelear contra el tirano de España, y en seguida contra los moros. La franqueza con que procedía,

(1) Rain. ann. 1366, n. 39.